

SPECTATOR IN BARCINO



Fachada del teatro Arnau de Barcelona en una imagen de 2011

INÉS BAUCELLS

¿Volveremos al Arnau?

Casi nadie se acuerda de esas épocas esplendorosas, cuando el Paralelo devino en el Broadway barcelonés



SERGI DORIA

Uno de los últimos momentos estelares del teatro Arnau, nos lleva a los años noventa. Los neones anuncian «El Arnau es...formidable», con Lita Claver, «la Maña», Pipper, Melissa, Diomny, Teresa y el Dúo Frediani. La vieja guardia del Molino insuflando vida al local que en 1903 compró Jaume Arnau, vecino de la calle Conde del Asalto; se inauguró como teatro un año después: el arquitecto Andreu Audet levantó el edificio tal como lo conocemos: aforo de setecientas localidades, estructura de madera.

Raquel Meller debutó en 1911 en el Arnau. La joven cupletista de raíces aragonesas -bautizada en la iglesia de Santa Madrona de la calle Tapiolas-, causó tal impacto que Eugeni D'Ors le dedicó una glosa y pronto pasó a competir con La Fornarina para ver cuál de las dos entonces mejor el éxito del momento: la habanera «Ven y ven». Así lo explica Luis Cabañas Guevara -seudónimo unísono de Mario Aguilar y Rafael Moragas-

en su «Biografía del Paralelo»: la Meller cobraba cuarenta pesetas diarias y el empresario del Arnau recaudó cien mil en los cuatro meses del espectáculo. Después del Arnau, la estrella actuó en el Liceo y convocó a cuatro mil espectadores.

El Broadway barcelonés

Hoy casi nadie se acuerda de esas épocas esplendorosas cuando el Paralelo devino en el Broadway barcelonés. De la Meller queda una humilde estatua, acosada por las terrazas turísticas; el Arnau es un rincón de suciedad con olor a meados del que, hasta ahora, nadie ha querido saber nada: como si se esperara el momento en que el deterioro estructural justifique el derribo.

Las piedras del Born tienen más prestigio -político- que la cultura popular y mestiza que germinó en el Paralelo. Es lógico que Enric H. March incluya al Arnau en su libro «Barcelona ciutat de vestigis» (Ajuntament de Barcelona) junto al Rec Comtal,

Mestizaje cultural
Las piedras del Born tienen más prestigio -político- que la cultura popular que germinó en el Paralelo

las masías o los fragmentos de la muralla romana. En 1915, explica, la propiedad del teatro encargó al pintor y caricaturista Feliu Elias, Apa, la decoración de una estancia que ampliaba la oferta. March incluye fotos en blanco y negro de varias de aquellas obras, destinadas al Salon Bleu con el que el Arnau pretendía superar una crisis que acabó con la afluencia de dinero por la neutralidad española en la Gran Guerra: hasta 1930 se llamó Folies Bergère. Vemos una mujer desnuda en la bañera desparmando champán sobre los hombros con mirada lasciva; un modisto de aspecto monstruoso tomando las medidas a una ninfa con los senos al descubierto; otra ninfa que acaba de despertarse en un jardín y un Pierrot arrodillado que le rinde homenaje... March deja una pregunta en el aire: «¿Estas obras fueron destruidas o continúan escondidas bajo capas de pintura. En este momento no lo podemos saber...».

La precariedad estructural aconsejaba, según el ayuntamiento, el derribo del último de teatro de barra-ca de Barcelona. Ahora se habla de recuperarlo como espacio escénico para que pueda ser ese centro de documentación que el Paralelo merece: a ver si es verdad. A ver qué hacen.

Libros

«Gaudí dormía bajo la Sagrada Familia; Coderch, en su despacho»

MARÍA GÜELL BARCELONA

El Ayuntamiento de Barcelona pasó en silencio por el centenario del nacimiento de José Antonio Coderch y Sentmenat (Barcelona 1913- l'Espolla 1984), que un año más tarde celebró la tienda Mínim de Vía Augusta con la exposición «La herencia de Coderch». La muestra estaba arropada por la película «Recordando a Coderch», que dirigió Poldo Pomés, que recoge entrevistas a arquitectos y expertos que le conocieron como Rafael Moneo, Oriol Bohigas, Òscar Tusquets o Federico Correa. «Hicimos muchas entrevistas y quedó mucho material fuera del filme», destaca Pati Núñez, autora del libro «Recordando a Coderch», ejemplar que cierra ahora un largo y ancho trabajo de investigación.

Hace poco se presentó en la sala de juntas de la Escuela de Arquitectura de Barcelona. «Hemos elegido este edificio porque Coderch fue el encargado su ampliación», explica Núñez. El arquitecto Oriol Bohigas, que dirigía la escuela entonces, se sumó a la presentación: «Este proyecto coincidió con el final de la vida de Coderch; recuerdo que iba a su casa a trabajar con los planos y me recibía en la cama». Bohigas celebra la publicación de este libro pero subraya que ahora se debería escribir otro sobre su vida anecdótica.

Admiración de sus alumnos

Los testimonios de admiración al genial arquitecto se suceden en las diferentes entrevistas. Carlos Ferrater, que fue su alumno en la Escuela, filmó con su cámara varias de sus casas: «Con aquellas visitas aprendí a mirar la arquitectura, que es lo principal». Miguel Milá, que también le conoció, resume: «Me enseñó lo que yo defino como la base de mi formación como diseñador, que es conseguir emocionar con lo sencillo». Y Óscar Tusquets sentencia: «Coderch me cambió completamente».

Las voces de sus estrechos colaboradores, como Jordi Coca, nos desvelan su afición a la fotografía y cosas cotidianas de su despacho: «Cuando le conocí, él tenía una litera en su despacho y en los momentos en lo que estaba en plena ebullición en un proyecto se encerraba allí dentro y no subía a su casa ni a cenar, ni a comer, ni a desayunar, ni a dormir para no perder la concentración».

Coca hace un paralelismo entre Coderch y Gaudí: «Gaudí dormía bajo el templo de la Sagrada Familia y Coderch en su despacho». Este libro tan necesario incluye un artículo exhaustivo de Elina Vilá sobre el proyecto de La Herencia, el trabajo más innovador y visionario de Coderch, que se quedó inédito.